

# UN CISMA SE COCINA A FUEGO LENTO

*Primera parte*

## Marcel Lefebvre: Un hombre atrapado

*H. Francisco Javier Sáez de Maturana*

Caía la tarde. Había terminado de dar una charla a una comunidad de religiosos. Iba caminando, y al pasar vi una capilla en la que comenzaba la eucaristía. El sacerdote vestía una casulla de guitarra. La celebración era en latín y de espaldas a la gente.

Mientras observaba sorprendido, se me acercó un joven con cara de preocupado y me manifestó que deseaba hablar. No le conocía de nada. Le dije que, si no le importaba, al acabar la eucaristía podíamos conversar tranquilamente. Le pareció bien. Vi que durante la celebración -que me remontaba a los años sesenta del siglo pasado, cuando hice la primera comunión-, el joven se mantuvo de rodillas, recto en todo momento, permaneciendo con las manos intensamente juntas.

Al acabar la misa, me dijo: “Estoy muy preocupado, pues pertenezco a esta comunidad que celebra la Misa Tradicional, y, después de la consagración de los cuatro obispos de la Fraternidad de San Pío X, rompiendo la comunión con la Iglesia, temo que se prohíba nuestra misa”. Me acordé de la gran tormenta, no solo eléctrica, que rompió el cielo durante la celebración cismática del 1 de julio del presente año en la localidad suiza de Écône.

Y me vinieron algunas preguntas, acompañadas de dudas: ¿Comunidad? ¿Nuestra?

Le dije al joven: “La Misa Tradicional es toda en latín. ¿Conoces tú el latín?”. “No, ni palabra, pero me gusta ese hálito de misterio que rodea nuestra celebración”, respondió. Lo miré con simpatía. “¿Sabes?, el mayor misterio es que Cristo esté presente en un trozo de pan y en un poco de vino, eso es lo que debemos creer, lo demás son aditamentos de la historia. Amarrarse a los accesorios es quedarnos con las añadiduras”.

Aquí queda planteada una pregunta: Este joven, a quien le gusta esa misa, ¿se puede decir que es cismático?

Yo no respondería demasiado rápido a la pregunta. Pero sí he de decir que la conversación con el joven -con las preguntas y las dudas surgidas- me ha motivado a preparar las páginas que siguen. Con ellas deseo ofrecer una reflexión en tres partes, sobre el cisma, que, si bien viene de atrás, el pasado mes de julio llegó a un punto culminante. Y, por supuesto, deseo responder a la pregunta del joven piadoso.

¿Cuál es la distribución de estas páginas? En la primera parte presento la figura de quien está en el origen del cisma: Monseñor Marcel Lefebvre y los primeros actos cismáticos. En la segunda veremos el último y lamentable acto cismático y sus consecuencias. Y en la tercera

podremos ver las opciones que la Iglesia ofrece, así como unas anotaciones finales de interés.

Ojalá todo ello sirva para aclarar esta realidad que estamos viviendo y padeciendo en nuestra querida Iglesia, y ante la que no podemos quedarnos de brazos cruzados, pues nos "toca", de un modo u otro, a todos.

## HA HABIDO SIEMPRE MOMENTOS DIFÍCILES

A lo largo de su historia, la Iglesia ha atravesado momentos de gran dificultad. Han existido persecuciones, divisiones, herejías y cismas. Sin embargo, siempre ha permanecido una certeza: la unidad no es un simple acuerdo humano, no es cuestión de buena voluntad, sino un don de Jesús, el Cristo de Dios. Él, en la víspera de su Pasión, oró al Padre expresando un profundo deseo: "Que todos sean uno" (Jn 17,21). Esa oración sigue siendo hoy el corazón de la vida de la Iglesia, como lo ha manifestado reiteradamente el Papa León XIV.

Por eso, al hablar del caso de Monseñor Marcel Lefebvre y de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X -FSSPX-, por él fundada, no estamos ante una simple diferencia de opiniones o de sensibilidades litúrgicas; no es solo cosa de más o menos latín, o de celebrar de espaldas al pueblo con tal o cual casulla. Lo que está en juego es algo mucho más profundo: se trata de la comunión con el sucesor de Pedro y con toda la Iglesia. Está en juego el Concilio Ecuménico Vaticano II, celebrado entre 1962 y 1965, que hizo posible el Espíritu Santo, con la ayuda, claro está, de los Padres conciliares y de dos grandes sucesores de Pedro: san Juan XXIII y san Pablo VI.

## ¿POR QUÉ SE CONVOCÓ EL CONCILIO?

El Concilio Vaticano II fue convocado solo tres meses después de la elección de san Juan XXIII. No hubo una consulta previa y amplia con la Curia; no se veía necesidad alguna de

un Concilio, pues no había ninguna herejía que condenar. Por eso mismo, causó gran sorpresa y cierta resistencia inicial por parte del ala más conservadora de la Iglesia.

El Concilio Vaticano I se había celebrado, durante unos meses, en 1870, casi 90 años antes, y no se pudo clausurar. Quedó interrumpido con la entrada de las tropas italianas en Roma, que era lo único que le quedaba al Papa Pío IX de los antiguos Estados Pontificios. Con la toma de Roma, el 20 de octubre de 1870, propiciando a la vez la unificación italiana, el Concilio se suspendió "hasta mejores tiempos". Nunca se llegó a reanudar.

La convocatoria del Vaticano II fue un acontecimiento excepcional e inesperado. ¿Qué justificó este encuentro del episcopado universal? Todo se resumía en una palabra italiana: *aggiornamento*, que significa actualización, puesta al día. La idea de san Juan XXIII era "abrir las ventanas de la Iglesia para que entrara aire fresco" en un mundo cada vez más

secularizado y menos católico. Quería sacudir el polvo constantiniano acumulado durante siglos. La intención no era cambiar dogmas, sino repensar la forma en que se presentaba la doctrina, de acuerdo con los nuevos tiempos.



## UNA HISTORIA CONVULSA

Al hablar del movimiento lefebvrino estamos sumergiéndonos en una historia convulsa, dolorosa, caracterizada por graves rupturas que han llevado a la FSSPX a separarse del Papa y de la comunión con la Iglesia de Roma, esto es, al cisma.

Lo que el Papa León XIV más deseaba evitar el día 1 de julio pasado, tuvo lugar. Bien pronto, la excomunión dictada por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe, bajo la autoridad de León XIV, no fue un gesto más, que se realizó dentro de la rutina disciplinaria de la Iglesia.

El Papa, siendo pastor de unidad y heredero espiritual de san Agustín, no estaba dispuesto

a permitir que la comunión se fracture en nombre de interpretaciones particulares de la fe. Por eso actuó con firmeza. Yo diría que no tuvo más remedio. Con la comunión no se juega.

Con la excomunión, movido por responsabilidad pastoral, León XIV deja claro que los proyectos personales no pueden ser admitidos si se quiebra la comunión. Quebrar la comunión lleva al cisma, y el cisma no puede ser admitido. La comunión no es negociable. Aquí hay un acto de gobierno y un mensaje para quien quiera o pueda acogerlo.

## PERO ¿QUÉ ES UN CISMA?

Muchas personas identifican el cisma con abandonar físicamente la Iglesia. En realidad, el Código de Derecho Canónico define el cisma como el rechazo de la obediencia al Papa o de la comunión con quienes están unidos a él: “el cisma es la negativa a someterse al Sumo Pontífice o a comulgar con los miembros de la Iglesia sujetos a él” (Canon 751). Tales rupturas de la comunión con la Iglesia, señala el Catecismo de la Iglesia Católica, “hieren la unidad del Cuerpo de Cristo” (CATIC 817).

Puede conservarse una liturgia solemne, una doctrina aparentemente ortodoxa e incluso una intensa vida sacramental. No cabe duda. Pero si falta la comunión con el Papa y con los obispos en comunión con él, y la comunión con todo el Pueblo de Dios, la unidad eclesial queda gravemente herida. Y ¿qué somos sin la unidad que Jesucristo pide para nosotros?

La Iglesia no es solamente una suma de comunidades que comparten unas mismas ideas. Es el Cuerpo de Cristo, visible también en la comunión con el Sucesor de Pedro. Sin comunión una persona o grupo no está en la Iglesia, aunque lo estén formalmente, o sea, en los papeles.

La historia de este cisma que nos ocupa, y de la FSSPX que lo ampara y sostiene, va ligada a la figura de un solo hombre: su fundador, el arzobispo francés Marcel Lefebvre.

## ¿QUIÉN ES MARCEL LEFEBVRE?

Marcel Lefebvre nació en Turcoing, en el extremo noroeste de Francia, el 29 de noviembre de 1905, en el seno de una familia numerosa. Su madre, mujer piadosa y exigente, era terciaria franciscana y enfermera de la Cruz Roja. Su padre, también estricto, industrial del textil, participó activamente en la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial. Capturado por los nazis, murió en la prisión de Sonnenburg a los 62 años, en 1944. Varios de los hijos fueron sacerdotes y religiosas.

Marcel ingresó como seminarista en su diócesis de Lille. Y fue enviado a Roma, residiendo en el Seminario francés. Realizó los estudios eclesiásticos en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, donde obtuvo el doctorado en Filosofía y en Teología. Fue ordenado sacerdote en 1929, en su diócesis, por el arzobispo Achille Liénart, el pastor más joven de Francia en aquel momento.

El nuevo sacerdote fue destinado a una parroquia obrera de un suburbio industrial de Lille. Pero después sintió la llamada, dentro de la llamada, y, luego de tres años, siguiendo los pasos de su hermano René, se unió a la congregación de los Padres del Espíritu Santo, los espiritanos, con la ilusión de ser misionero en África.



Su deseo se cumplió y, terminado el año de noviciado, nada más realizada su primera profesión, fue enviado a Gabón. Allí estuvo destinado en varios lugares; fue profesor en el seminario y, posteriormente, se convirtió en su rector.

Después de unos años, fue llamado a Francia, para dedicarse a la formación de sacerdotes espiritanos. Dos años después, regresó a África siendo nombrado Vicario Apostólico en Dakar, la capital del actual Senegal, en 1941. Su reputación era impecable. Roma lo consideraba uno de sus mejores hombres. Con su celo apostólico ejerció gran influencia en el continente africano.

En aquel entonces, la Iglesia Católica representaba aproximadamente el 5% de la

población senegalesa y mantenía fuertes lazos históricos con la administración colonial francesa. La labor misionera de Marcel se considera uno de los principales motores del catolicismo local.

En 1948 fue designado Delegado Apostólico para África francófona -representante directo y portavoz del Papa-. Cuando el Papa Pío XII convirtió el Vicariato Apostólico de Dakar en archidiócesis, en 1955, Lefebvre fue nombrado su primer arzobispo. Fue, además, presidente de la Conferencia Episcopal de África Occidental.

## DEJA ÁFRICA

A la muerte de Pío XII cesó como Delegado Apostólico para África francófona, conservando, de momento, el arzobispado de Dakar. Pero el Papa san Juan XXIII, continuando con la valiosa iniciativa de su predecesor de promocionar al clero nativo, relevó a Lefebvre de la sede de Dakar, nombrando en su lugar a Monseñor Hyacinthe Thiandoum, quien luego sería creado cardenal. Simultáneamente, el Papa otorgó a Lefebvre el título honorífico de “Asistente al Solio Pontificio”, vinculándolo a la Familia Pontificia.

En 1960 recibe Marcel un nombramiento que le agrada y eleva su ánimo: es designado por san Juan XXIII miembro de la Comisión central preparatoria del Concilio Vaticano II.

No sabemos si “la subida al Gólgota” de las tareas que se le habían encomendado en África fue dura, pero sí consta que lo fue “la bajada”. La petición que le hizo san Juan XXIII para que renunciara a su cargo de arzobispo en Dakar, y asumir como obispo de Tulle, en Francia, no le agradó en absoluto.

Después de alrededor de treinta años en África, se trasladó a Tulle en 1962 y ejerció como obispo -pero manteniendo el título de arzobispo-. A los siete meses renunció al

pastoreo de la diócesis, al ser elegido superior general de la congregación de los espiritanos.

## SU ACCIÓN EN EL CONCILIO

Fue nombrado Padre Conciliar por ser superior general de su congregación y arzobispo -no perdió el título nunca-.

El arzobispo formó parte de la Comisión central preparatoria del Concilio. Y su molestia inicial radicó en que, en lugar de utilizar los documentos redactados por la Comisión citada, como base para los debates, muchos de los cuales se alineaban con su visión más tradicionalista, a la que estaba muy apegado, la mayoría de los Padres Conciliares -liderados por los cardenales Josef Frings y Achille Liénart-, hizo poco caso de los mismos, logrando la modificación de la agenda oficialista -y continuista- con la elaboración de nuevos borradores.

De los más de 70 borradores preparados por la Comisión Central, casi todos fueron rechazados por la asamblea conciliar y reescritos, a menudo por comisiones favorables a la renovación propuesta por el Santo Padre. Hay que tener muy presente que san Juan XXIII no impuso agenda alguna, y dejó libertad a los obispos.

El borrador sobre la liturgia fue el único texto preparatorio aceptado como base para el debate, aunque también sufrió numerosas modificaciones antes de convertirse en *Sacrosanctum Concilium*, un documento que allanó el camino para la Misa en lengua vernácula. En otras palabras, esto significaba celebraciones eucarísticas en la lengua original de los fieles y no en latín, la lengua oficial de la Iglesia.

Aquella acción de la “mayoría conciliar”, que se iba constituyendo, fue valiente y decisiva. Realmente, los Padres se pusieron a disposición del Espíritu y no de sus intereses o de la inercia eclesiástica, es decir, del “siempre se ha hecho así” o “hay que acatar lo que viene de arriba”.



En el día a día de las sesiones conciliares, se mantuvo una presencia constante de aproximadamente 2500 obispos provenientes de todo el mundo.

Lefebvre no se levantó gritando contra las que él podía considerar herejías. No abandonó las sesiones en protesta. De hecho, participó activamente en las discusiones y votó a favor de algunos documentos.

Pero desde el principio tuvo reservas y se fue convirtiendo en figura destacada de una facción de aproximadamente 250 obispos conservadores que conformaron el *Coetus Internationalis Patrum* -Grupo Internacional de Padres-, fundado en 1963, del cual asumió la presidencia. Era la “minoría conciliar”. De él formaban parte los italianos Ottaviani, Siri, Ruffini, el norteamericano Spellman y la mayoría de obispos italianos, españoles e hispanoamericanos. El francés Lefebvre y el brasileño Antonio de Castro fueron de los más intransigentes en mantener las posiciones de este grupo. Ambos, después del Concilio fueron excomulgados por su rebeldía y desobediencia, como veremos. Es preciso recordar que el grupo no logró revertir la dirección general de los documentos, pero consiguió, mediante enmiendas, suavizar algunas formulaciones.

A través de numerosas intervenciones, Lefebvre, progresivamente, se fue oponiendo rotundamente a muchas ideas de la mayoría. Curiosamente, en esa etapa no se opuso abiertamente en el proceso de elaboración de la constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia -que sería radicalmente rechazada por él después- y, al concluir el Concilio, terminó aceptando inicialmente sus resultados.

Sin embargo, tras el Concilio Vaticano II comenzaron a surgir profundas discrepancias con las reformas impulsadas por la Iglesia, especialmente en materia de liturgia, libertad religiosa, ecumenismo y colegialidad episcopal.

Conviene recordar que Lefebvre firmó los documentos conciliares al concluir el Vaticano II, aunque según algunas fuentes, próximas a él, se negó a estampar su firma en los

documentos sobre la Iglesia en el mundo actual -*Gaudium et Spes*- y la Declaración sobre la Libertad Religiosa -*Dignitatis Humanae*-.

Los documentos del Concilio Vaticano II, que se guardan en el Archivo Secreto Vaticano, muestran la firma del arzobispo. Rubricó de su puño y letra todos los documentos, empezando por la constitución *Gaudium et Spes*, que después criticó ásperamente.

Por tanto, no hay duda de que el arzobispo firmó los 16 textos conciliares: 4 constituciones, declaraciones y decretos.

No obstante, con el paso de los años fue rechazando progresivamente aspectos fundamentales de la enseñanza conciliar y de su aplicación.

## LA TRADICIÓN AUTÉNTICA

Desde Lefebvre, sus seguidores se denominan “los de la tradición”. Pero ¿es así?

Tras la última excomunión por parte del Papa León XIV a causa de las consagraciones de cuatro obispos, el superior general actual de La FSSPX ha manifestado: “Es la misma Tradición, que amamos por encima de todo, la que es excomulgada en todos aquellos que la encarnan”. Y sigue: “Es evidente que, ante Dios, una tal condena no puede ser válida, porque condenaría lo que está en el corazón mismo de la vida de la Iglesia”.



¿Es verdad que son ellos “los de la Tradición” -con mayúscula- o los de alguna tradición? ¿Ha condenado Roma la Tradición, como dicen ellos?

La vida de la Iglesia se asemeja a un río caudaloso: sus aguas fluyen constantemente recibiendo nuevos caudales, pero

su cauce y su origen permanecen firmes: una es la Fuente.

¡Cuántas disputas y descalificaciones cuando sale a flote el tema de la Tradición! Verdaderamente, al pensar en ella, aparece el riesgo de confundir la fidelidad con la inmovilidad. La Tradición, que está verdaderamente viva, no se congela en una época determinada para no sufrir modificaciones, sino que tiene la madurez espiritual y teológica para encarnarse,

renovarse y hablar a los hombres y mujeres de cada tiempo.

“Tradición” - palabra que viene del latín *traditio*, y significa transmisión, entrega o acto de pasar algo a otra persona-, para la Iglesia católica, es la transmisión viva del depósito de la fe, inseparable de la Escritura y del Magisterio, que permite que la Revelación se custodie y se actualice bajo la acción del Espíritu Santo.

Decía Chesterton, hablando de la auténtica Tradición, aunque solo sea una frase: “La Tradición no es la adoración de las cenizas, sino la transmisión del fuego”. Está en su libro ‘El hombre común’, del año 1950.

La deformación lefebvriana -a mi juicio- consiste en petrificar la Tradición en un conjunto cerrado de formas históricas -producto de un determinado contexto- e interpretar todo desarrollo -especialmente el Concilio Vaticano II- como ruptura o corrupción.

## Y ¿QUÉ ES EL TRADICIONALISMO?

El tradicionalismo no es volver a las fuentes más genuinas de la Iglesia, como los tradicionalistas afirman. De ninguna manera es una muestra de amor y fidelidad a la auténtica Tradición.

El tradicionalismo surge históricamente como una reacción de temor ante la complejidad del mundo moderno. Cuando el modelo de Iglesia que brota, gracias a la acción del Espíritu, que abre caminos y extiende los brazos, asusta y parece quebrar lo que se pensaba inamovible, que no eran sino las formas.

El tradicionalismo se infla cuando, en ese modelo de Iglesia, inspirado en los orígenes del cristianismo, se celebra la fe de otra manera, lo que lleva a levantar trincheras defensivas o convertir la Iglesia en una pieza de museo que busca reducir el estrés que provocan las transformaciones culturales, y deja de transmitir la frescura del Evangelio.

¡Y ahí está su error! ¿Por qué? Porque la Tradición es el elixir de eterna juventud del cristianismo, y no su avejentamiento.

El Concilio Vaticano II no rompió con la Tradición. Al contrario, quiso expresar esa misma fe con un lenguaje capaz de responder a los desafíos del mundo contemporáneo.

En lo que a la liturgia se refiere, debemos reconocer, con satisfacción, que la Iglesia siempre ha sabido crear nuevas instituciones, lenguajes y formas litúrgicas para responder a las necesidades de cada siglo; detener ese dinamismo es apagar la fuerza del Espíritu que sigue actuando en la historia.

Por eso, la verdadera fidelidad nunca puede separarse de la comunión con la Iglesia y de la sinodalidad, esto es, caminar juntos significa escuchar al Espíritu Santo, discernir comunitariamente y crecer en corresponsabilidad sin perder la unidad. ¡Esto remite a la Tradición auténtica!

¡Ojo! La sinodalidad no elimina la misión del Papa ni la autoridad de los obispos. Tampoco convierte la Iglesia en una democracia. Más bien recuerda que todos los bautizados estamos llamados a participar activamente -¡todos! en la vida y la misión de la Iglesia, siempre dentro de la comunión eclesial.

## RECHAZO DEL VATICANO II

Durante el Concilio y después, Monseñor Marcel Lefebvre manifestó pronto abiertamente un profundo desacuerdo con las reformas impulsadas por el Concilio Vaticano II. Desde su perspectiva, dichas reformas suponían un alejamiento de la Tradición de la Iglesia y ponían en riesgo la fidelidad al depósito de la fe.

Fuera de la Iglesia también  
hay salvación.

Fuera del mundo no hay  
salvación.

Entre los aspectos que más cuestionó se encontraba la apertura al diálogo con otras religiones. Lefebvre sostenía que las religiones no cristianas eran, en esencia, expresiones del error, formas de idolatría o incluso obras del demonio. En consecuencia, afirmaba que la salvación estaba reservada a quienes aceptaran íntegramente los dogmas y la autoridad de la Iglesia Católica, aferrándose a la famosa frase de san Cipriano de Cartago -que ha sido groseramente manipulada- que dice: *Extra Ecclesiam nulla salus* -“Fuera de la Iglesia no hay salvación”-, así como a la separación entre la

Iglesia y el Estado, a la defensa de la dignidad de la persona y del humanismo.

Rechazó la idea de la “colegialidad” de los obispos -porque la interpretaba como una democratización de la autoridad eclesial-.

¿Qué pensaba de los que profesaban otras creencias? Pues consideraba que la única actitud posible era invitarlos a la conversión y advertirles del peligro de condenación si no abrazaban la fe católica. Según esta visión, una vida moralmente recta y un corazón sincero no bastaban para alcanzar la salvación si no existía plena adhesión a las enseñanzas de Roma.

Asimismo, Lefebvre consideraba que la libertad religiosa constituía una grave desviación doctrinal y defendía que las leyes civiles debían estar subordinadas a la moral cristiana.

Aunque celebró la misa de 1965, que contenía las primeras reformas litúrgicas todavía experimentales, rechazó poco después las reformas litúrgicas posteriores al Concilio, especialmente la celebración de la Misa en lenguas vernáculas y con el sacerdote de cara a la asamblea, pues entendía que estas prácticas desvirtuaban el sentido originario de la eucaristía, cuyo fin principal, según él, es hacer memoria sacrificial de la entrega de Cristo.

Del mismo modo, sostenía que el espíritu de la Ilustración y los ideales surgidos de la Revolución francesa —Libertad, Igualdad y Fraternidad— habían penetrado en la jerarquía eclesiástica, influyendo negativamente en la vida de la Iglesia y pudiendo conducirla a su destrucción. Por esta razón, exhortaba a resistir y desobedecer las reformas promovidas por el Concilio Vaticano II, convencido de que atentaban contra la Tradición de la Iglesia y contra la voluntad de Dios.

## LA MISA TRADICIONAL O MISA DE SAN PÍO V

Pasado un tiempo después del Concilio, Mons. Lefebvre se negó en rotundo a celebrar la misa en la “nueva forma” -el *Novus Ordo Missae*-, emanada del Concilio, la conocida como “Misa de Pablo VI”.

Aquel hombre, piadoso, pero apegado a las tradiciones -con minúscula, más que a la Tradición- sufrió los cambios como un desgarramiento de su identidad, aunque no era eso todo. Supongo que lo mismo pasó cuando, precisamente un rey, Carlomagno -antes lo intentó su padre, Pipino el Breve-, impuso el rito romano en latín, en lugar del galaico -ansias de imperio-. Fue el Papa Adriano I, el que le pasó el Sacramentario Romano, para que le sirviera de modelo.

Pero estas normas no se imponen inmediatamente, pues siempre hay litigantes. Algunos ritos, como el ambrosiano en Milán o el mozárabe en España, aguantaron algún siglo más. Fue en el Concilio de Trento cuando se estableció el rito romano como norma para toda la Iglesia latina, la llamada “Misa de san Pío V”.



Esta Misa es la que se celebró durante medio milenio en toda la Iglesia católica, concretamente desde que en 1570 el papa san Pío V promulgó el Misal Romano en aplicación del Concilio de Trento. Se buscaba establecer la uniformidad en la celebración de la eucaristía. De uso generalizado desde finales del siglo XVI hasta 1962 -con algunas modificaciones puntuales por parte de varios Papas-, el rito heredó el nombre latino de Trento, *Tridentum*, y por lo tanto a menudo se le llama “Rito Tridentino”.

Este Misal fue de nuevo promulgado por san Juan XXIII en 1962, hasta que -como él mismo afirmó- el Concilio Vaticano II llevara adelante la reforma litúrgica. Esto debe quedar muy claro en honor a la verdad, ya que los tradicionalistas se agarran a la promulgación del Papa Bueno y nada dicen de su provisionalidad, hasta tener un nuevo Misal. Un detalle más: san Juan XXIII no promulgó tal cual el Misal Romano, sino una nueva versión. Su predecesor, el Papa Pío XII, ya había modificado sustancialmente la celebración de la Semana Santa en la década anterior. San Juan XXIII también había eliminado previamente de las oraciones tradicionales del Viernes Santo las referencias despectivas a los “pérfidos judíos” en latín, *perfidis judaeis*.

¿Es correcto llamar “Misa tradicional” a la “Misa tridentina” o “Misa de san Pío V”? Así se le llama, pero pienso que hacerlo es demasiado pretencioso. Me explico. Creo que, en este caso, más tradicionales son las misas de los sacramentarios de los siglos V-VIII, o el rito hispano-mozárabe, o mejor –y sin ningún tipo de duda– la Última Cena del Señor, que también tuvo su adaptación a lo largo de los primeros siglos.

Volvemos a Lefebvre. Sus múltiples peticiones dirigidas al Papa para que se reconsiderara la reforma litúrgica cayeron en saco roto. San Pablo VI se puso firme. Incluso el conocido “Breve examen crítico del *Novus Ordo Missae*” –un documento teológico redactado por iniciativa de Lefebvre y otros obispos, que contaba con el prominente respaldo del cardenal Alfredo Ottaviani, quien fuera prefecto del Santo Oficio– no fue capaz de hacer cambiar de opinión al Pontífice.

El prelado francés llegó a definir la institución del *Novus Ordo Missae* como “la celebración de Lutero”. Además, puesto a rechazar, no admitía en su argumentación, el propio concepto de asamblea en la que el sacerdote era “reducido a presidente”.

Es preciso recordar que Ottaviani fue crítico con diversos aspectos del Concilio, pero se mantuvo en comunión a la Iglesia y al Papa, con una fidelidad crítica, lo que no hizo Lefebvre, el cual asumió una fidelidad rupturista.

## NACE LA FRATERNIDAD SAN PÍO X

El conflicto de Marcel Lefebvre con su congregación de padres espirituales, surgió debido a su rechazo a las reformas del Concilio Vaticano II. Los espirituales deseaban aplicarlas al interior de la congregación y en su admirable labor pastoral misionera, pero Lefebvre se oponía. Por este motivo, tuvo que renunciar a su cargo como superior general en 1968, con gran alivio de sus compañeros.



Después de esto, los acontecimientos se precipitaron. Un grupo de seminaristas franceses de corte conservador, desconcertados por los cambios en la Iglesia, acudieron a Lefebvre pidiéndole amparo y una formación sacerdotal estrictamente tradicional. Para poder darles una respuesta institucional, Lefebvre buscó el apoyo del obispo de la diócesis suiza de Lausana-Ginebra-Friburgo, François Charrière. Al principio fue una casa de acogida y de estudio, luego tomaría otro *status*.

El 1 de noviembre de 1970, la Fraternidad Sacerdotal San Pío X -FSSPX- fue erigida formalmente a nivel diocesano, con la aprobación de Charrière. Marcel Lefebvre estableció su principal seminario en la localidad suiza de Écône, un lugar que pronto se convertiría en el epicentro mundial de la resistencia tradicionalista.

Fue reconocida como una “pía unión”, es decir, como una asociación religiosa, inicialmente por seis años *ad experimentum*.

Una “pía unión” no es una congregación religiosa. Por lo tanto, no podía tener un seminario propio ni ordenar sacerdotes para una misión determinada, con obediencia a un superior. Sin embargo, la FSSPX comenzó a operar como se fuera una congregación.

Veinticuatro seminaristas ingresaron en el primer año. El seminario de Écône pasó a ser conocido como “el seminario salvaje”, debido a que operaba al margen de las directrices diocesanas locales y mantenía la misa en latín y la enseñanza teológica tradicional preconciiliar.

Este sería el refugio institucional desde el cual los tradicionalistas consolidarían su resistencia a las reformas del Vaticano II, sentando las bases definitivas de un distanciamiento dogmático y litúrgico con Roma que perdura, agravado, hasta el día de hoy.

Allí pudieron salvaguardar la liturgia del Papa san Pío V, y seguir combatiendo los documentos conciliares, además de mantener las

celebraciones religiosas en el clásico *Vetus Ordo Missae*, negándose a celebrar según el nuevo Misal Romano.

En 1974, Lefebvre definió las novedades introducidas por el último Concilio como “innovaciones destructivas para la Iglesia”. “Nos negamos” -señaló en la llamada “Declaración del 21 de noviembre de 1974”- “y siempre nos hemos negado a seguir a la Roma de las tendencias neo-modernistas y neo-protestantes, que se manifestaron claramente en el Concilio Vaticano II y, posteriormente, en todas las reformas que de él se derivaron. Todas estas reformas, de hecho, han contribuido y siguen contribuyendo a la destrucción de la Iglesia...”. La “guerra” estaba declarada, pero todo parecía en paz.

## LA SITUACIÓN SE COMPLICA

Aquella “paz” aparente no podía durar mucho. Lefebvre siguió hablando y escribiendo contra el Concilio Vaticano II, y se posicionó más tajantemente contra la “nueva Misa”. La Santa Sede se vio obligada a intervenir y organizó una visita canónica al seminario en 1974. La situación era insostenible y se produjo lo único que cabía esperar. De manera fulminante, en 1975, el nuevo obispo de Friburgo, Pierre Mamie, retiró la aprobación canónica a la FSSPX y ordenó su disolución. Fue precisamente el resquicio legal de estar autorizada la Fraternidad *ad experimentum*, lo que permitió tomar esa medida.

Monseñor Lefebvre, que exigió obediencia sin discusiones, siendo superior general y arzobispo, se negó a acatar la orden y a cerrar Écône, argumentando que las reformas posconciliares estaban destruyendo la Iglesia desde dentro. Esas y otras excusas se repiten con múltiples matices y colores.

Pese a que la Santa Sede nunca ha prohibido esta fórmula litúrgica tradicional, Roma respondió al pulso ordenando clausurar el seminario. La respuesta del arzobispo francés, como cabía esperar, fue intensificar su desafío:



sobre el argumento de que el Vaticano no había dado respuesta a su recurso interpuesto contra la clausura del seminario, continuó formando a sus futuros sacerdotes.

Como acabamos de ver, la diócesis retiró su reconocimiento a la Fraternidad Sacerdotal, pero la Santa Sede buscó el diálogo con el arzobispo. Para ello, san Pablo VI instituyó una comisión a fin de escuchar las peticiones de Lefebvre y, en 1975, le pidió que cerrara el seminario de Écône y que no realizara ordenaciones sacerdotales.

## PRIMER ACTO CISMÁTICO

Muchos católicos ignoran que el primer acto cismático -un auténtico hito de ruptura- lo realizó Lefebvre el verano de 1976, cuando ordenó a 13 sacerdotes en Écône, sin el permiso del obispo local y sin las cartas dimisorias correspondientes. Estas cartas son documentos oficiales de la Iglesia Católica emitidos por un obispo o superior religioso para autorizar a un candidato a recibir las sagradas órdenes. Era 29 de junio, solemnidad de san Pedro y san Pablo, fecha significativa.

El prefecto de la Congregación para los Obispos le dio una reprimenda y le pidió que enviara una disculpa al Papa -mayor suavidad con un rebelde cismático no es posible-, pero el prelado francés no solo no envió la disculpa, sino que remitió una carta enérgica en la que exigía al Papa que “restableciera la comprensión correcta de las ideas distorsio-

nadas que se han convertido en ídolos del hombre moderno: libertad, igualdad, fraternidad, democracia”.

El Papa suspendió a Lefebvre *a divinis* el 22 de julio de 1976, prohibiéndole así ejercer el ministerio sacerdotal, esto es, celebrar

la misa y administrar los sacramentos, y manifestándole que quien cuestiona el Concilio va contra la Tradición de la Iglesia.

Pero el arzobispo insistió en mantener una posición de rebeldía; no obedeció y continuó con su labor pastoral y formativa, operando ya

en abierta resistencia contra la Iglesia posconciliar.

Y en agosto de ese mismo año, presidió una misa en Lille, que para entonces había sido prohibida, ante varios miles de fieles y unos cuatrocientos periodistas, obteniendo una enorme cobertura mediática. Era un nuevo desafío a la obediencia debida al Papa.

Ante este hecho, en un discurso, san Pablo VI lamentó lo que había hecho Lefebvre "a pesar del precepto que le comunicamos fraternalmente para que se abstuviera de continuar por un camino tan perjudicial para la Iglesia".

El Papa prefería no contestar entonces "a las gravísimas acusaciones" contra Roma, el Concilio y él mismo, aunque veía el asunto "más grave" y "más doloroso". Por ello, invitaba a los fieles "a orar al Señor para que inspire al Hermano en cuestión, y a todos cuantos lo siguen, un mejor juicio y verdadera fidelidad a la Santa Iglesia Católica".

## ENCUENTRO CON EL PAPA

En septiembre de 1976, Lefebvre fue recibido en audiencia privada por el Papa en Castel Gandolfo. El contenido del encuentro de media hora se ha conocido en 2018.

Ambos coincidieron en que se habían producido abusos después del Concilio Vaticano II, pero el Papa reprochó al arzobispo Lefebvre su falta de obediencia. Las palabras textuales del Papa son las siguientes, u no tienen pérdida: "La posición que usted ha tomado es la de un antipapa...Y usted ha juzgado al Papa como infiel a la fe de la que es supremo garante... Si así fuese, tendría que renunciar; e invitarle a usted a ocupar mi sitio para dirigir a la Iglesia". Así le reprochó lo que estaba haciendo y le preguntó si era consciente del "escándalo y el daño que ha provocado en la Iglesia".

Por su parte, el arzobispo Lefebvre reconoció que sus palabras y escritos quizás fueran "poco apropiados", pero afirmó que no actuaría en contra de su conciencia, sobre todo, aseguró, porque algunos documentos

conciliares no coincidían con la Tradición de la Iglesia. Lo que él quería, explicó, era por encima de todo "formar sacerdotes según la fe y en la fe". En algunos otros seminarios, denunció, tienen lugar "situaciones inimaginables".

"La solución inmediata sería", dijo el arzobispo, que el Papa pidiera a los obispos que permitieran capillas donde los fieles pudieran "rezar como antes del Concilio". El Sucesor de Pedro rechazó la propuesta: "Somos una comunidad. No podemos permitir autonomías de comportamiento a las diferentes partes".

¿Reconoció el Papa la validez de alguna de las posiciones del prelado francés? Por supuesto que sí. "La crisis de la Iglesia existe", manifestó el arzobispo Lefebvre. Pablo VI coincidió con su valoración y dijo que por ello sufría profundamente. Y el Papa reconoció que se

habían producido múltiples "abusos". E insistió: "Nosotros no aprobamos estos comportamientos", y destacó la necesidad de combatirlos "con gran esfuerzo y con igual tenacidad". Y añadió: "Somos los primeros en deplorar los excesos".

A pesar de estos abusos, continuó san Pablo VI, el bien que ha traído el Concilio ha sido mucho mayor. "Es un deber, al mismo tiempo, reconocer que hay signos, gracias al Concilio, de vigo-

rosa recuperación espiritual entre los jóvenes, un aumento del sentido de responsabilidad entre los fieles, los sacerdotes y los obispos", señaló. Y criticó que el comportamiento del arzobispo Lefebvre estaba contribuyendo al agravamiento de las dificultades a causa de su "solemne desobediencia, con su desafío abierto contra el Papa".

El Papa le dijo: "Usted sabe que le estimo, que he reconocido sus méritos, que hemos estado de acuerdo en el Concilio sobre muchos problemas...". Reconoce Lefebvre: "Es cierto".

Concluyó san Pablo VI: "Usted comprenderá que no puedo permitir, incluso por razones que llamaría 'personales', que usted se vuelva culpable de un cisma. Haga una declaración pública, con la que se retiren sus recientes declaraciones y sus recientes comportamientos, de los cuales todos tienen noticia como actos



no para edificar la Iglesia, sino para dividirla y hacerle daño. Desde que usted se encontró con los tres cardenales romanos, ha habido una ruptura. Debemos volver a encontrar la unión en la oración y en la reflexión”.

La transcripción de la conversación concluye con esta anotación: “El Santo Padre después ha invitado a Mons. Lefebvre a recitar con Él el *Pater Noster*, el *Ave María*, el *Veni Sancte Spiritus*”.

El obispo J. Magee, segundo secretario de san Pablo VI, afirmó que el Papa empezó a ayunar después de su reunión con el arzobispo francés. “Decía que tenía que hacer penitencia, para ofrecerle al Señor, en nombre de la Iglesia, la justa reparación por todo lo que estaba sucediendo”.

¿Dio algún resultado el encuentro? En una conversación con el filósofo francés Jean Guitton, pocos días después, quien le había pedido que hiciera “todo lo posible e imposible para evitar” un cisma, san Pablo VI respondió: “Siento esto exactamente como usted. E incluso infinitamente más que usted: es la primera cruz real en los trece años transcurridos desde mi pontificado. Pero puedo decirle que he hecho todo lo posible para evitarlo”. Y añadió: “No veo... cómo, de hecho, en unos meses, no nos veremos obligados a transformar esta falta de comunión en excomunión”. En realidad, esto no sucederá. No pasarán meses, sino varios años, a pesar de la mano siempre extendida del Sucesor de Pedro.

Los datos del encuentro se encuentran en el libro “La barca de Pablo”, escrito por Leonardo Sapienza.

Durante los siguientes doce años, Lefebvre navegó en aguas canónicamente turbias.

## UN TIEMPO DE CONCORDIA

Tras la elección de san Juan Pablo II, Lefebvre parece mirar a Roma con otros ojos. El conflicto ya está enquistado. No obstante, el nuevo pontífice se propone rebajar la tensión.

El 18 de noviembre de 1978 el arzobispo es recibido en audiencia. Era un sábado por la tarde. Discreción total. No hay funcionarios vaticanos a la vista. Nada se sabe de lo hablado.

Tiempo después, en una carta dirigida al Papa fechada el 8 de marzo de 1980, Lefebvre escribe que no tiene “ninguna duda sobre la legitimidad y la validez de tu elección”, y que “no ha afirmado nunca” que la misa postconciliar “sea en sí misma inválida o herética”.

El acuerdo para sanar, al menos parcialmente, las divergencias y levantar las suspensiones a *divinis* parece posible diez años después de ese encuentro con el Papa Wojtyła, en abril de 1988.

El Papa dispone que se reanude el diálogo entre la Fraternidad y la Congregación para la Doctrina de la Fe, cosa que se hace, aunque Lefebvre no deja de verter declaraciones hostiles.

El cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe -junto con el secretario del Dicasterio, el arzobispo Alberto Bovone-, dirigió personalmente las difíciles negociaciones con el arzobispo Lefebvre y algunos de sus colaboradores durante tres días -del 11 al 13 de abril-. El estímulo más significativo provino del propio Papa en vísperas del encuentro.



El cardenal alemán, con paciencia e inteligencia, logró firmar un protocolo doctrinal común con el obispo tradicionalista. El texto se finalizó en la reunión celebrada en Roma el 4 de mayo de 1988 y fue firmado por Ratzinger y Lefebvre al día siguiente.

En dicho texto, el arzobispo y los miembros de la FSSPX prometen “ser siempre fieles a la Iglesia Católica y al Romano Pontífice”; declaran que “aceptan la doctrina contenida en el n.º 25 de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II sobre el Magisterio Eclesiástico y la debida adhesión”; y se comprometen a “adoptar una actitud positiva y a comunicarse con la Sede Apostólica, evitando toda polémica” respecto a ciertos puntos enseñados

por el Concilio o relacionados con reformas posteriores de la liturgia y el derecho, que a los tradicionalistas les parecen “difíciles de conciliar con la Tradición”. “Declaramos además”, afirma el protocolo, “que reconocemos la validez del Sacrificio de la Misa y de los sacramentos celebrados con la intención de hacer lo que hace la Iglesia” según los ritos promulgados por Pablo VI y Juan Pablo II.

El acuerdo también aborda otras cuestiones: la Fraternidad Sacerdotal debería convertirse en una Sociedad de Vida Apostólica, gozando así de plena autonomía, y por “razones prácticas y psicológicas, se considera útil la consagración de un obispo que sea miembro de la Fraternidad Sacerdotal”. Todo parece estar resuelto.

## EL MOMENTO MÁS TENSO

A medida que Lefebvre envejecía -ya superaba los 80 años-, le preocupaba profundamente quién continuaría ordenando a sus seminaristas en el rito tradicional tras su muerte, para así mantener la FSSPX.

Después de aquellas largas, tensas negociaciones con el Vaticano —lideradas por el entonces cardenal Joseph Ratzinger—, Lefebvre, de manera repentina, decidió actuar de forma unilateral para, según él, “garantizar la supervivencia de la Tradición”: quiere consagrar obispos.

Lefebvre se retractó del protocolo firmado. Dijo que había firmado bajo presión, que las condiciones eran inaceptables, que Roma no era confiable.

El 6 de mayo de 1988, informó en privado a Ratzinger de su intención de consagrar nuevos obispos el 30 de junio.

¿Le preocupaba la supervivencia de la Tradición o la supervivencia de su “Fraternidad”, al fin, él era quien la fundó; era su “hija”? Me temo que era más la segunda supervivencia, que la primera, pues de la Tradición, esto es, de la que nos viene de los comienzos de la Iglesia, y a la que ellos invocan, hay muy poco. Realmente fue, lo que se podría llamar,

“operación supervivencia”, para la tradición -la que él consideraba que era tal-, no la Tradición.

Alguien ha afirmado que el comportamiento de Lefebvre estuvo motivado por el convencimiento de que la Santa Sede no había encontrado perfiles adecuados para el episcopado entre el clero de la FSSPX y por el temor a que el nuevo obispo procediera de fuera de la Fraternidad.

No estaba todo perdido. El 24 de mayo se produce un nuevo encuentro entre Roma y los lefebvristas, pero termina sin ningún resultado y el 2 de junio Lefebvre escribe a san Juan Pablo II comunicándole su sorprendente decisión: él y sus seguidores esperarían “un momento más propicio para el regreso de Roma a la tradición”, orando para que “la Roma de hoy, contagiada por el modernismo, vuelva a ser la Roma”.

Sea como fuere, ante el anuncio de la consagración de obispos, el 9 de junio de 1988, el Papa san Juan Pablo II, escribió al arzobispo francés: “Con un corazón paternal, pero con toda la seriedad que exigen las circunstancias actuales, le exhorto, reverendo hermano, a no emprender un camino que, de persistir en él, solo puede parecer un acto cismático cuyas inevitables consecuencias teológicas y canónicas le son bien conocidas. Le invito encarecidamente a regresar, con humildad, a la plena obediencia al Vicario de Cristo”.

Y concluía diciendo: “No solo le invito a hacerlo, sino que se lo pido por medio de las llagas de Cristo nuestro Redentor, en el nombre de Cristo que, en la víspera de

su Pasión, oró por sus discípulos ‘para que todos sean uno’ (Jn 17,20). A esta petición y a esta invitación uno mi oración diaria a María, Madre de Cristo”.

Finalizaba así: “Querido hermano, ¡no permita que el año dedicado de manera tan especial a la Madre de Dios cause otra herida en el Corazón de su Madre!”.

El 29 de junio, veinticuatro horas antes de las anunciadas consagraciones, Ratzinger envía un telegrama al arzobispo: “Por amor a Cristo



ya su Iglesia, el Santo Padre le pide de manera paternal pero firme que venga hoy mismo a Roma, sin proceder a las ordenaciones episcopales del 30 de junio”.

A pesar de los esfuerzos del Papa y de Ratzinger, Lefebvre -el “Atanasio de los tiempos modernos”, llamado a combatir el error como hiciera el santo frente al arrianismo, según sus seguidores- decidió consagrar cuatro obispos sin el mandato pontificio.

El Derecho Canónico establece que ningún obispo puede consagrar a otro obispo sin la autorización expresa del Papa.

No se trata de una cuestión burocrática, sino de un signo visible de la comunión de toda la Iglesia.

El problema no era la misa en latín. El problema era la ruptura de la comunión.

## EL “ESTADO DE NECESIDAD”

Monseñor Lefebvre, alegando la idea de que era “un estado de necesidad” urgente para salvar a la verdadera Iglesia, para evitar lo que él consideraba la destrucción de la Iglesia a través de la reforma o de los decretos y normas del Vaticano II, necesitaba nombrar obispos dentro de su fraternidad sacerdotal y actuó.

Albert Jacquemin, ex miembro de la FSSPX, canonista y profesor titular en la Facultad de Derecho Canónico del Instituto Católico de París, nos ayuda a entender la verdad o no del “estado de necesidad” que invoca Lefebvre y sigan invocando sus seguidores.

En la Iglesia, si existe el estado de necesidad», nunca puede invocarse en contra de la voluntad explícita del Papa. El derecho canónico reconoce este principio, especialmente cuando se trata de asegurar la salvación de los fieles en circunstancias extraordinarias: guerras, persecuciones, peligro de muerte, imposibilidad duradera de acceder a los sacramentos o impedimento transitorio para llegar a la autoridad eclesiástica. Pero el estado de necesidad exige condiciones particulares. El peligro invocado debe amenazar un bien esencial de la

Iglesia: debe ser grave, objetivo, actual o inminente. Sobre todo, no debe ser posible ninguna otra solución legítima. Por último, los medios empleados deben ser proporcionados al peligro y compatibles con la constitución jerárquica de la Iglesia. El estado de necesidad no es, por tanto, un derecho de excepción que permita suspender unilateralmente la obediencia a la Iglesia.

Además, el estado de necesidad no puede ser proclamado por un grupo concreto que pretenda acogerse a él. En la Iglesia católica, la apreciación última de tal situación corresponde siempre a la autoridad competente, especialmente a la Santa Sede, cuando se trata de un acto que afecta a la estructura eclesial.

La FSSPX invocó este estado de necesidad para justificar las consagraciones episcopales de 1988. Según ella, la crisis doctrinal y litúrgica posterior al Concilio Vaticano II amenazaba la transmisión de la fe y del sacerdocio católico. Estas consagraciones, según Monseñor Lefebvre, constituían un acto excepcional destinado a preservar la Tradición. En la práctica, condujeron a la progresiva autonomización de la Fraternidad respecto de la autoridad romana.

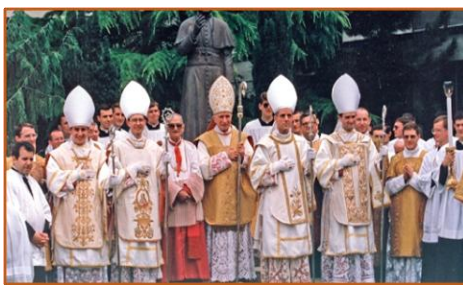
Sin embargo, ya en 1988, este argumento carecía de fundamento por el hecho de que la

Santa Sede había aceptado el principio de la consagración de un obispo procedente de la Fraternidad. Además, se acordó que dicho obispo sería consagrado el 15 de agosto de 1988. Roma ofrecía así una solución canónica que permitía asegurar la continuidad de

la obra de Mons. Lefebvre sin ruptura con la comunión eclesial. La condición esencial de ausencia de otra solución legítima no se cumplía, por tanto. La decisión de Mons. Lefebvre no respondía a ninguno de los criterios del estado de necesidad. Las consecuencias las vemos a continuación.

## NUEVO ACTO CISMÁTICO

Bajo una iglesia improvisada en una carpa, Monseñor Marcel Lefebvre consagró cuatro obispos el 30 de junio de 1988, desoyendo



las advertencias directas y la prohibición explícita del Papa. Realizó la ceremonia, asistido por el obispo brasileño Antônio de Castro Mayer. Los cuatro obispos consagrados en Écône fueron Bernard Fellay, Bernard Tissier de Mallerais, Richard Williamson y el español Alfonso de Galarreta.

Este paso supuso el cruce de la línea roja del derecho canónico. La decisión de Lefebvre no respondía a ninguno de los criterios del estado de necesidad. Fue un acto de desobediencia canónica tan flagrante que la excomunión fue automática *-latae sententiae-*. Así se lee en el Código de Derecho Canónico: "Tanto el obispo que, sin mandato pontificio, consagra a una persona como obispo, como quien recibe la consagración de él, incurren en una excomunión *latae sententiae* reservada a la Sede Apostólica" (Canon 1387).

El 1 de julio, la Congregación para los Obispos publicó un decreto confirmando que Lefebvre, el co-consagrante Antonio de Castro Mayer y los cuatro obispos ordenados habían incurrido en excomunión.

El 2 de julio, san Juan Pablo II publicó el motu proprio *Ecclesia Dei*, en el cual declaraba explícitamente que las consagraciones ilícitas habían sido "un acto cismático". En él se hablaba de una "mala acción" y "triste acontecimiento", "gran aflicción", "esfuerzos inútiles", "paciencia y comprensión", ...

En el documento el Papa expresaba su tristeza, "por muy pequeño que sea el número de las personas implicadas en estos sucesos". El valor inmenso del daño infligido a la comunión de la Iglesia merecía tal reacción.

Para san Juan Pablo II, el acontecimiento debía ser "ocasión para reflexionar profundamente y para renovar el deber de fidelidad a Cristo y a su Iglesia". En la raíz de este acto de desobediencia gravísima -el rechazo del primado romano y de su autoridad- veía "una imperfecta y contradictoria noción de Tradición" que se opone al Magisterio de la Iglesia y rompe los vínculos con el sucesor de san Pedro, que es el garante de la unidad, según la voluntad del propio Jesucristo.

Así mismo, insistía, como san Pablo VI, en la llamada a rechazar "interpretaciones erróneas

y aplicaciones arbitrarias y abusivas en materia doctrinal, litúrgica y disciplinar".

Pero no se cerraban todas las puertas. Para facilitar la integración de los fieles vinculados a la forma antigua del rito latino, así como su vuelta a la comunión eclesial en el caso de haber participado en el cisma, san Juan Pablo II instituyó la Comisión *Ecclesia Dei*, con el mismo nombre del documento. A propósito, escribió que el hecho "puede y debe ser, para todos los fieles, un motivo de reflexión sincera y profunda sobre su fidelidad a la tradición de la Iglesia".

Aunque la FSSPX nunca reconoció la validez de estas excomuniones, el cisma formal con Roma se había materializado. Marcel Lefebvre fallecería tres años después, en 1991, tras una operación para extirpar un tumor abdominal, a los 85 años en el hospital de Martigny, cerca de Écône, excomulgado por la Iglesia que juró defender y despreciando -de hecho- al Sumo Pontífice, a quien debía obediencia.



### **"NUESTRO FUTURO ES EL PASADO"**

Marcel Lefebvre era un ser humano complejo y brillante en muchos aspectos. Su serenidad y tranquilidad en público, ante la gente, junto con su profunda piedad personal, ocultaban una mente decidida, defensora firme de sus ideas y un actuar dominante, como lo recuerdan miembros de la congregación de los espiritanos.

Sus muchos años de seminario y experiencia episcopal agudizaron su perspicacia administrativa y sagacidad política al tratar con los asuntos internos de su creciente comunidad sacerdotal y con los funcionarios del Vaticano.

Para sus oponentes y detractores -también espiritanos- era un reaccionario incorregible cuyas ideas religiosas conservadoras y

eclesiología rígida se asemejaban a las de la extrema derecha francesa. Hacia el final de su vida, empecinado y excomulgado, pero con el poder de su Fraternidad transnacional, Marcel Lefebvre apoyaba a figuras de la extrema derecha como Jean-Marie Le Pen y abogaba por la restauración de la monarquía francesa. En sus últimos días, lo multaron por un delito de apología del racismo.

Tristemente, condujo a sus seguidores a un cisma debido a su noción incompleta y contradictoria de la tradición viva de la Iglesia.

Lefebvre, sacerdote durante 61 años, murió como un proscrito a los ojos del Vaticano, excomulgado por consagrar desafiadamente a cuatro obispos bajo una carpa en una calurosa mañana de verano de 1988, en contra de las órdenes del Papa Juan Pablo II.

“Cuando el Papa se equivoca, deja de ser Papa”, dijo Lefebvre en una ocasión. “No somos nosotros, sino Roma, la que se encamina hacia el cisma. Son ellos quienes se encaminan hacia la herejía. Estoy con los 20 siglos de la Iglesia y con todos los santos en el cielo”.

Lefebvre fundó la Fraternidad disidente de san Pío X. Le dio el nombre de un pontífice que rechazaba las reformas, pues las consideraba fruto del modernismo, pero que fue un Papa querido y apasionado por la evangelización en general, y por la catequesis en particular. Este Papa que gobernó entre 1903 y 1914, fue a ojos de Lefebvre, el último Papa verdaderamente católico.

Murió Lefebvre afirmando que no había hecho más que “transmitir” lo que había recibido por su propia formación y mandato eclesial, que no era sino la verdad de la Iglesia. Frase típica de la retórica sectaria de siempre.

Lefebvre fue enterrado en Écone el 2 de abril de 1991. La Santa Sede expresó su pesar oficial por su fallecimiento y dijo que el Papa había ofrecido una oración “encomendando el alma del difunto a la misericordia de Dios”.

“Hasta el último momento, el Santo Padre aguardaba un cambio de parecer y había manifestado su deseo de revocar la pena canónica -excomunió-, si hubiera habido la más

mínima señal de contrición por parte del obispo”, decía un comunicado del Vaticano.

## ¿ES LEFEBVRE UN NUEVO ATANASIO?

Más atrás he señalado que seguidores suyos califican a Monseñor Lefebvre como el “nuevo Atanasio”, el de Alejandría. ¿Es verdad semejante analogía?

Dicen seguidores del arzobispo francés: “Lefebvre fue como Atanasio. Ambos fueron perseguidos por defender la fe ortodoxa contra herejes poderosos. Ambos fueron exiliados por papas débiles. Ambos resistieron 'contra todo el mundo' -*Athanasius contra mundum*”.

Estas últimas palabras en latín provienen de la siguiente frase del mismo Atanasio: “Si el mundo va contra la verdad, entonces Atanasio va en contra del mundo”.

De entrada, debo decir que esta analogía es falsa, se mire por donde se mire. Es falsa históricamente, es errónea, teológicamente errónea y es muy dañina pastoralmente. ¿Por qué?

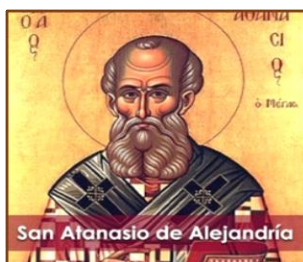
Veamos las diferencias entre ambos. En primer lugar, hay que decir que Atanasio de Alejandría defendió un concilio ecuménico, mientras que Lefebvre atacó uno.

San Atanasio, que había participado en Nicea -325- acompañando a su obispo, pasó su vida defendiendo las definiciones del Concilio de Nicea. Ese

Concilio, presidido por representantes del Papa Silvestre I y convocado por el emperador Constantino, había definido solemnemente que Cristo es “consustancial con el Padre” -*homoousios*-, contra la herejía arriana que negaba la divinidad plena de Cristo.

Cuando los arrianos intentaron revertir Nicea en concilios locales posteriores, cuando presionaron a emperadores para perseguir a los defensores de Nicea, cuando incluso algunos papas -como Liberio bajo tortura- parecieron ceder, Atanasio permaneció firme: “Nicea es irreformable. Nicea es la fe apostólica”.

Así pues, san Atanasio defendió la autoridad del Concilio ecuménico contra quienes lo atacaban. Y Lefebvre hizo exactamente lo contrario. Atacó al Concilio Vaticano II, un Concilio



ecuménico legítimo. Lo llamó "un concilio pastoral sin autoridad dogmática".

En otras palabras, san Atanasio fue el defensor del Concilio. Lefebvre fue el atacante del Concilio. En este punto no hay analogía posible.

Vamos a la segunda diferencia. San Atanasio fue apoyado por los Papas, Lefebvre fue condenado por ellos.

Este es el punto crucial que los lefebvristas nunca mencionan: San Atanasio siempre tuvo el apoyo de Roma. Cuando fue exiliado de Alejandría por primera vez en 335, huyó a Roma. El Papa Julio I -337-352- lo acogió, investigó su caso, y lo declaró inocente de todas las acusaciones. Más aún, el Papa convocó el Sínodo de Roma -341- que confirmó la ortodoxia de Atanasio y exigió su restitución.

Cuando los arrianos continuaron persiguiéndolo, el Papa Liberio -a quien los lefebvreanos comparan con san Juan Pablo II-, a pesar de sufrir enormes presiones del emperador arriano Constancio II, siguió apoyando a Atanasio. Incluso cuando Liberio fue exiliado y torturado, nunca condenó formalmente a Atanasio.

El Papa Dámaso I -366-384-, finalmente confirmó definitivamente la doctrina de Nicea en el Sínodo de Roma de 382, consolidando el triunfo de la posición atanasiana.

En resumen: Roma siempre estuvo del lado de san Atanasio. Los Papas lo apoyaron contra emperadores arrianos y obispos herejes. San Atanasio jamás desobedeció al Papa. Jamás dijo que el Papa estaba equivocado. Jamás creó una estructura eclesiástica paralela a Roma. Mantuvo la comunión por encima de todo.

Lefebvre hizo exactamente lo contrario. Fue suspendido *a divinis* por san Pablo VI. Fue excomulgado por san Juan Pablo II. Sus consagraciones episcopales fueron declaradas cismáticas por el Magisterio. Creó una estructura paralela deliberadamente en oposición a Roma. Quebró en pedazos la comunión.

¿En dónde se puede ver la analogía? En ningún aspecto, pues no existe.

Abordamos la tercera diferencia. Atanasio defendía un dogma definido, Lefebvre defendía su interpretación de la disciplina.

El Concilio de Nicea definió un dogma de fe: la consubstancialidad del Hijo con el Padre. Esto no era materia opinable. Era una verdad revelada, parte del depósito de la fe, necesaria para la salvación.

Negar el dogma de Nicea era herejía formal. Los arrianos que decían "hubo un tiempo en que el Hijo no era" estaban negando una verdad de fe divinamente revelada. Atanasio defendía esto. No su opinión personal. No su preferencia litúrgica. Defendía la fe de la Iglesia.



¿Qué defendía Lefebvre? Fundamentalmente, su interpretación de cómo debe entenderse la Tradición. Su preferencia por la Misa tridentina. Su lectura particular de documentos magisteriales. Su juicio sobre la prudencia pastoral del Vaticano II.

Pero ninguna de estas cosas era dogma. La Iglesia jamás ha definido que solo puede existir una forma del rito romano. Jamás ha dicho que los documentos del Vaticano II sobre libertad religiosa o ecumenismo son heréticos.

Lefebvre elevó sus opiniones teológicas al nivel de dogma. Y luego desobedeció al Papa para defenderlas. Eso no es lo que hizo san Atanasio.

La cuarta diferencia es clave, y a ella vengo aludiendo todo el tiempo: san Atanasio buscó la comunión, Lefebvre la rompió.

A lo largo de sus cinco exilios, san Atanasio jamás dejó de buscar la comunión con Roma y con los obispos ortodoxos. Escribió incansablemente cartas explicando su posición. Viajó a sínodos. Apeló a Papas. Colaboró con otros defensores de Nicea como Basilio de Cesarea y Gregorio Nacianceno.

Cuando finalmente el emperador Teodosio convocó el Concilio de Constantinopla I en 381 -Atanasio había muerto en 373, pero su obra se confirmó allí-, ese Concilio reafirmó Nicea y condenó definitivamente el arrianismo. La unidad de la Iglesia fue restaurada. San Atanasio luchó por esa unidad, toda su vida.

Lefebvre hizo lo contrario. Cuando Roma le ofreció en 1988 reconocimiento canónico a la FSSPX, un obispo propio, la Misa tridentina legalizada —todo lo que había pedido—, lo rechazó. Prefirió ordenar obispos ilegalmente y romper la comunión antes que aceptar cualquier autoridad del Vaticano II.

No buscó la unidad. Eligió el cisma. La analogía entre san Atanasio y Monseñor Lefebvre está fuera de lugar.

## UNA FALSA NOCIÓN DE TRADICIÓN

Hemos tratado el tema de la Tradición en las primeras páginas, pero es un buen momento ahora para matizar la cuestión.

En el fondo, el error de Lefebvre -y de quienes lo siguen- radica en una comprensión equivocada de qué es la Tradición.

Para Lefebvre, la Tradición era esencialmente un museo. Un conjunto de prácticas, ritos, fórmulas teológicas y disciplinas eclesásticas que se establecieron en algún momento -digamos, en el Concilio de Trento- y que desde entonces deben permanecer absolutamente inmutables.

Cualquier cambio -cualquier desarrollo, cualquier adaptación pastoral- era visto como traición. Por eso Lefebvre no podía aceptar la nueva Misa, aunque fuera promulgada legítimamente por el Papa san Pablo VI. Por eso no podía aceptar la enseñanza del Vaticano II sobre libertad religiosa, aunque no contradijera ningún dogma definido. Por eso no podía aceptar el ecumenismo, aunque fuera simplemente el reconocimiento de elementos de verdad en otras confesiones cristianas, sin que ello fuera en detrimento de la fe que sostiene y defiende la Iglesia católica. Pero esa no es la doctrina católica sobre la Tradición.

Recordemos. ¿Qué es la Tradición? La Tradición, como enseñó el Concilio Vaticano II citando al Concilio de Trento y al Vaticano I, es la transmisión viva de la Revelación bajo la guía del Espíritu Santo. La Tradición crece en la comprensión de lo que fue revelado. ¡Atención a esto! La Iglesia profundiza su entendimiento de la verdad a través de los siglos.

Como escribió san Vicente de Lerins: "Habrá progreso en la religión... pero progreso

verdadero, no cambio de fe. Progreso significa que algo crece permaneciendo lo mismo; cambio significa que algo se transforma en otra cosa". Brillantes palabras.

¡El Vaticano II fue progreso, no cambio! Expresó la fe de siempre con categorías teológicas actualizadas. Adaptó la disciplina y la liturgia para mejor servir a la evangelización. Pero no cambió ningún dogma.

Lefebvre no pudo ver esto. O no quiso verlo. Se aferró a una "Tradición" fosilizada, convertida en ídolo, y desde ahí juzgó y condenó al Magisterio vivo de la Iglesia.

Eso es tradicionalismo, no Tradición. Y el tradicionalismo, paradójicamente, es una forma de modernismo: casualmente -aquí está la gran paradoja- ambos elevan el juicio humano sobre la autoridad del Magisterio.



## SE QUEDÓ ATRAPADO

No podemos debemos ridiculizar ni satanizar a Monseñor Marcel Lefebvre.

Era un hombre que amó profundamente cierta visión de la Iglesia. Un hombre formado en una época de certezas pre-conciliares que no pudo adaptarse al mundo post-conciliar. Un hombre que confundió sus preferencias estéticas -modos y manera de celebrar la misa- y teológicas con la esencia misma del catolicismo.

¿Fue, en cierto sentido, un hombre atrapado? Se podría decir que sí. Atrapado entre su amor sincero por la Iglesia que conoció en su juventud y a la que se entregó como misionero, y su incapacidad para confiar en que el Espíritu Santo guiaba todavía a esa Iglesia a través de los Papas que él consideraba modernistas.

No pretendo justificarlo, ni mucho menos, pero creo que se pueden entender sus miedos sin validar sus acciones. Aunque alguno "se

escandalice”, creo que podemos rezar por su eterno descanso, y rechazar su modo de actuar y, por supuesto, sin seguir su ejemplo.

Lefebvre no fue Atanasio. Fue un obispo que, creyendo defender la Tradición, terminó traicionándola al romper la unidad con el sucesor de Pedro y con todo el Pueblo de Dios.

Que su historia nos enseñe no a imitarlo, sino a evitar su error. Que nos enseñe que la verdadera fidelidad católica no consiste en aferrarse a formas del pasado, sino en permanecer unidos a la Roca sobre la cual Cristo edificó su Iglesia.

Aunque esa Roca nos pida cambios que no entendemos. Aunque nos llame a confiar cuando tenemos dudas. Porque Cristo no prometió que la barca de Pedro jamás pasaría por tormentas. Prometió que nunca se hundiría.

Y quien salta de la barca, por muy nobles que sean sus intenciones, se ahoga.

## CONCLUSIÓN

La historia de Marcel Lefebvre y sus seguidores tiene que hacer pensar a la Iglesia y a las instituciones que hay en ella.

Se dan casos como el suyo cuando se selecciona aquello del Evangelio o del Magisterio que más nos agrada y rechazamos lo que nos incomoda.

Los grandes santos vivieron épocas complejas. Muchos sufrieron por decisiones de la jerarquía. Sin embargo, nunca rompieron la comunión, la unidad de la Iglesia. Desde dentro trabajaron por la renovación, convencidos de que el Espíritu Santo no abandona al Pueblo de Dios.

Algo más. La historia demuestra que los cismas rara vez comienzan con una ruptura repentina. Las rupturas de la comunión se dan poco a poco. Suelen nacer de pequeñas desobediencias, de la falta de honradez camuflada bajo ideas, de poseer y disponer de un dinero que no es de quien lo administra -pero hace con él lo que le viene en gana-, de la absolutización de una sensibilidad concreta o de la convicción de que un grupo posee en exclusiva la auténtica interpretación de la fe.

Por eso, la respuesta cristiana ha de ser siempre una renovada fidelidad a Cristo, que quiso una Iglesia una, santa, católica y apostólica.

La comunión con Dios, la comunión entre los miembros de la comunidad, la comunión con el Papa y la comunión con el mundo querido por Dios, en definitiva, la única comunión, no es un elemento secundario de la vida católica. Es un signo visible de la unidad querida por Cristo. Donde está Cristo, hay comunión. Y no la hay, si se impide la presencia de Cristo del modo que sea.

Antes de concluir es preciso dejar claro que no es lo mismo ser “cismático”, que “hacer lo que a uno le da la gana”. Ambos, de un modo u otro, rompen la comunión, y eso es grave, y hacen sufrir. Del primero hemos visto sus rasgos esenciales, mirando a los lefebvrianos. En cuanto al segundo se puede afirmar que es una persona que solo mira por sus intereses -podemos imaginar de qué tipo pueden ser, sin darle muchas vueltas al cerebro- y actúa a sus anchas, pues se sabe protegido, y bien protegido, por el poder de turno -no por la autoridad, que es otra cosa-.

El cismático puede temer la excomunión, el segundo nada teme, y puede seguir haciendo lo que le da la gana con el “aval” del poder, que mira para otro lado, para no complicarse la vida.

Pidamos al Señor que conceda a toda la Iglesia los dones de la verdad y la honestidad, del diálogo y la reconciliación, del servicio humilde y la fidelidad, para que, guiados por el Espíritu Santo, caminemos siempre unidos como un solo Pueblo de Dios.

Lima, 10 de agosto 2026

Pronto:

**UN CISMA SE COCINA A FUEGO LENTO**

Segunda parte:

**“¡Den marcha atrás!”**